

Discurso de Vicente Oya.

Una Asociación Ejemplar.

El rostro más sangriento y doloroso de nuestro mundo contemporáneo es fruto del terrorismo que hunde sus raíces en esa región nauseabunda donde nacen los odios, los rencores y la crueldad sin límites, para la destrucción de vidas humanas.

Ante tanta maldad y cuando en momentos difíciles han surgido los atentados, con una larga cronología que nos ha conmovido, hemos asistido muchas veces a concentraciones de “minutos de silencio”, a manifestaciones públicas, para expresar la repulsa contra los enemigos de la libertad y la democracia, contra aquellos que, instalados en la sinrazón, no aman la vida.

Quienes en Jaén son tristes y dolorosos damnificados de las acciones terroristas decidieron crear la Asociación de Víctimas del Terrorismo Verde Esperanza, que, desde 1999, y una vez reconocida por el Ministerio del Interior, tiene como objetivos esenciales la defensa de los derechos que asisten a las víctimas, prestándoles toda la ayuda posible para tratar de remediar las graves consecuencias de los atentados sufridos en sus propias carnes, en nuestras propias carnes, porque todos somos víctimas del terrorismo.

La asociación Verde Esperanza, con dinámico afán, está abierta no solamente a sus socios sino que a todas las personas que precisen de una atención solidaria, a cualquiera que sea víctima del terrorismo.

Verde Esperanza, desde Jaén, contribuye a crear una conciencia social para fomentar la solidaridad con las víctimas y el rechazo a cualquier acción terrorista.

En su encomiable tarea difunde una revista trimestral, de ámbito nacional, órgano específico de expresión de las víctimas y para el tratamiento de los problemas que crea el terrorismo.

Se manifiesta también Verde Esperanza con la convocatoria de certámenes de dibujo, poesía, relatos solidarios con las víctimas, en los ámbitos escolares y con ciclos de conferencias y coloquios en las Universidades.

Desde 2004 tiene instaurados los premios Voces contra el terrorismo y otorga la pluma de Oro a medios de comunicación o profesionales del periodismo o escritores. Estos premios son, en cada una de sus ediciones, ocasión propicia para rendir homenaje de afecto y gratitud a personas, instituciones o colectivos que destacan en la defensa de las víctimas.

Desde su nombre, con su distintivo, formado por unas manos unidas, que portan una llama, Verde Esperanza es todo un símbolo expresivo en la defensa de las víctimas del terrorismo.

El verde de nuestros campos proclaman la esperanza que ya, desde el antiguo testamento, siempre indica la expresión de un bien futuro. Unas manos juntas claman al cielo, que no debiera de ser clamar en el desierto del mundo, porque llevan el fuego del amor para que alumbre las tinieblas y se haga paso a la luz esplendorosa de la justicia

para que, al calor de esa llama, que no se puede apagar, la humanidad toda se une en un abrazo solidario y caluroso, frente a la indiferencia y la frialdad con que, desde algún sector de la sociedad, se ha contemplado el fenómeno terrorista.

Un poema por las víctimas.

Al niño que vio la luz de un nuevo día,
Y que había encendido su primera sonrisa,
Los terroristas lo arrastraron a la oscuridad,
Le apagaron la flor iluminada de su rostro
Y le marchitaron la rosa de su inocencia.

Al joven soñador de claros amaneceres,
Esperanzado buscador de anchos horizontes
Le atardecieron violentamente,
Y lo arrojaron a la noche de la tragedia
Para que ya no volvieran sus ilusiones.
Al hombre maduro, forjador de su mundo,
Amante cotidiano de la obra bien hecha,
No le dejaron escribir
Las nuevas páginas del libro de su vida
Y lo hundieron en un silencio sepulcral.

Al anciano digno y venerable,
Tan lleno de nobles experiencias,
Tan cargado de recuerdo íntimos y colectivos,
Actor de su vida, testigo de aconteceres,
Le borraron la memoria para siempre.

También a la niña de ojos claros y limpios,
A la joven prometedora de nuevas vidas
A la mujer madura, centro del hogar feliz,
A la anciana de virtudes admirables;
Los terroristas arrebataron los trabajos y los días,
Con sus sueños y sus esperanzas,
Para que ya no florecieran
En el huerto de la concordia
Y para que la paz no fuera posible.

A policías, guardias civiles, miembros del Ejército,
Que dejaron huérfanos entristecidos,
Viudas hundidas, desoladas,
Padres, familiares y amigos llenos de amargura,
Los esperaron con la muerte,
Para impedirles su sagrado deber,
La misión más abnegada,
Por una sociedad libre, democrática y en paz.
Los esperaron con violencia y sin piedad,
Para que ya no volvieran a casa,

Para que no pudieran abrazar a los suyos,
Para que todos nos pusiéramos a llorar,
Desbordados por el caudal de rencores,
Por un vendaval de violencias.

Que no sean baldíos y estériles
Tantos sacrificios y humillaciones;
Que surjan a cada instante,
Con voluntad firme, segura y decidida,
El verde de la esperanza para la concordia,
El color de los esplendores primaverales,
Prometedor fruto sazonado de la paz.
Que nunca decaiga la esperanza,
Ni se vea vencida por la desesperación.
Que el amor sea fruto prometido,
La miel frente a la amargura,
Sin odios y sin recorres,
Y la justicia sobre todo, y la gloria del fruto.